

# La crisis del capitalismo (\*)

T. BALOGH

La doctrina marxista que predecía el fin del capitalismo se fundaba en dos argumentos. El primero era el supuesto de que se endurecerían las crisis periódicas presentes desde la iniciación del siglo XIX; aumentaría el desempleo; la vulnerabilidad de los depauperados crecería incesantemente. En segundo lugar (aun cuando sólo parcialmente como una consecuencia de lo dicho), se fortalecería la explotación de la clase trabajadora. En un medio ambiente de mejora, el nivel de vida de la clase trabajadora se mantendría deprimido, hasta el mínimo de supervivencia. La depauperación de las masas crearía las condiciones físicas y morales de una combustión y erupción social final.

La segunda predicción —como ocurre frecuentemente con los estudios sociales «científicos»— se mostró equivocada, tan pronto como fue pronunciada en 1846 o 1847. Los años treinta desesperados y los años cuarenta hambrientos, vinieron seguidos por la rápida expansión de los años cincuenta y sesenta. La llamada «larga depresión» de fines de los años setenta y ochenta, no detuvo la mejora. Un factor nuevo y decisivo fue la extensión de los derechos políticos a las masas y la creación de la subsiguiente presión política sobre los Gobiernos, aun cuando estuvieran comprometidos en una campaña del socialismo, como ocurría con Bismarck en la Alemania Imperial. Los sindicatos obreros empezaron a ser aceptados y resultaron más eficaces aún en los países en los que continuó su persecución judicial. El poder unilateral de los patronos fundado en sus reservas de capital y su poder de resistencia, fue equilibrado por la cohesión de los trabajadores. Mediante negociaciones directas y por maniobras políticas, mejoraron sistemáticamente los salarios; y, lo que quizás sea más importante: se establecieron los fundamentos del Estado del bienestar. En lugar de mayor depauperización, los trabajadores sufrieron menos de necesidades insatisfechas y llegaron a alcanzar mayor confort material. La predicción segunda de Marx resultó, seguramente, contradicha por el progreso firme de las masas.

(\*) Conferencia pronunciada el 26 de mayo de 1973 en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (Universidad Complutense).

No ocurrió lo mismo con las crisis económicas; su primera anticipación. Estas se mantuvieron como una mancha terrible contra la armonía sutil de la teoría económica neoclásica, con sus optimismos referentes al reajuste suave hacia la producción opcional. Su violencia no disminuyó, en realidad, en el período de la entreguerra, sino que aumentó sistemáticamente, hasta que la Gran Depresión condujo a decenas de millones de personas a las listas del desempleo. La decadencia del capitalismo surgió entonces como una amenaza inminente, y tanto las derechas como las izquierdas pidieron una ruptura con el sistema económico tradicional.

Hasta que se impuso el esfuerzo desesperado que originó la guerra sobre el sistema económico del Occidente, no se suprimió el desempleo de la escena mundial. Sólo la Rusia Soviética y la Alemania Nazi habían resuelto este problema básico antes de la iniciación de los hostilidades. En el Reino Unido el desempleo se mantuvo endémicamente hasta 1941; en los Estados Unidos hasta 1942. El impacto traumático aún se mantiene indeleble. Sin embargo, desde la Guerra toda la escena ha cambiado. No se han vuelto a presentar las plagas de crisis de larga duración, de caídas de la producción, si se excluye lo ocurrido en el Tercer Mundo, cuyos problemas son de naturaleza muy distinta. La producción ha crecido, tomando un año con otro; en algunos países como el Japón, furiosamente; en otros, perezosamente. Pero hubo aumentos en todos los países y el crecimiento fue más rápido, no sólo que en el período de la entreguerra, sino también que en el anterior a la Primera Guerra. Lo que perturbó a los políticos y los economistas tardaron en reconocer y reconciliar con sus estructuras teóricas, fue el constante aumento de precios que arruinó a los Gobiernos y desafió a las explicaciones «científicas». Ese aumento condujo a la crisis de los cambios extranjeros; minó el sistema monetario internacional, amenaza últimamente con una desocupación de masas a medida que se utilizan métodos *ortodoxos* de dirección económica para curar un problema *nuevo*.

Mi punto de vista es que la incapacidad para reconciliar la estabilidad y el pleno empleo —en agudo contraste con las crisis periódicas de los 150 años de experiencia anterior a la Segunda Guerra es lo que ahora representa la amenaza inmediata al fundamento de un capitalismo avanzado, que mezcla la dirección empresarial con el dirigismo estatal, que son los cambios estructurales profundos del sistema económico y social los que han viciado el sistema sutil del equilibrio delicado del mercado, elaborado y reelaborado tantas veces por los economistas; en el nuevo sis-

tema todas las soluciones determinadas se destruyen por el choque de la fuerza bruta en la negociación bilateral de los salarios. Es importante afirmar que los mismos problemas aparecen en todos los países, sea cual fuere su constitución, mientras no se realiza con éxito un esfuerzo político consciente para llegar a un acuerdo político aceptable entre las partes contendientes.

La salida eventual de esta nueva crisis —tan inesperada por el socialismo «científico» o por el liberalismo «científico»— es totalmente incierta, ya que su carácter básico es político y no económico.

*La ciencia «no científica» de la armonía.*

La historia de la ciencia económica es un relato de evasión de la realidad, mediante intentos de derivar normas generales de algunos supuestos no verificados que, sin embargo, permitían dar consejos a los forjadores de la política. Para hacerlo así, la Teoría Económica convencional «resolvió» el problema de las crisis eliminando sus supuestos. Ello ocurrió por intentar suprimir el «velo» del dinero, analizando un sistema limitado a la producción y al cambio de un número específico de bienes (habitualmente dos: un bien de producción, es decir, de capital, y un bien de consumo) que se producían por dos (o a lo más cuatro) factores de la producción: capital y trabajo, con la tierra y la actividad empresarial introducidas más adelante en el cuadro. También se estableció como premisa que, a medida que aumentaba la producción de ambos bienes, ocurría lo mismo con sus costes y precios. Los costes decreciente y las ventajas de la producción en gran escala, tan típicas de la industria moderna, se excluían (o se introducían independientemente). De este modo podía asegurarse un equilibrio continuo.

Esta convención «científica» dominante, que puede referirse a 1870 y que todavía continuaba con fuerza en los días anteriores a la Segunda Guerra, consideraba al mercado de trabajo muy similar a cualquier otro mercado; igual que el mercado de, digamos, nabos. El comportamiento del patrono y del obrero no se estudiaba en su marco y estructura histórica y tradicional; se analizaba en una construcción teórica, en la cual tanto los patronos como los trabajadores operaban en un mercado «perfecto», esto es, en un mercado que no podía influir sobre una cualquiera de las partes. Ello significaba que si los salarios «reales» se elevaban por encima de la productividad «real» del trabajador (esto es, su producto marginal), éste sería despedido, ya que si continuaba en su empleo se reducían los beneficios.

El desempleo era, entonces, el resultado de una «interferencia» indebida con las fuerzas naturales de dichos mercados. Si no surgía esa ingerencia antinatural, el sistema económico retornaría automáticamente al pleno empleo. La demanda, de acuerdo con la «Ley de Say», originaba su propia oferta; y la oferta ponía en marcha su propia demanda. El dirigismo, la intervención del Gobierno o las «injerencias» como las originadas por obras públicas o el déficit del Presupuesto, no harían sino intensificar el desequilibrio y la depresión. Esta era la tesis defendida por Chicago y la Escuela de Economía de Londres en los años treinta. Y aún sigue siendo la actitud de un cierto número de «liberales» que, al propugnar negociaciones al nivel de empresa, exageran poco inteligentemente la amenaza de la inflación de costes.

Pero los bienes no se cambian, de hecho, contra bienes. De algún modo, había que incluir al dinero y a las instituciones monetarias, incorporándolos a los esquemas. Así surgió la teoría cuantitativa del dinero, cuya resurrección ha causado tantos daños últimamente. Mientras que los precios *relativos* —esto es, el tipo de cambio entre unos y otros bienes— y las remuneraciones reales del capital y el trabajo estaban determinadas por circunstancias «reales» —esto es, factores técnicos y físicos que no se alteraban en su cuantía, sino, lentamente (excepto las cosechas—, los precios y rentas *monetarias* dependían de la cantidad existente de dinero. Mientras el dinero fuera «neutral», todo marcharía bien. Sólo la mala administración financiera, tal como la originada por déficit presupuestarios o la política inflacionaria del Banco Central (que quizás fuera su consecuencia), podían destruir la armonía del sistema, bajo el cual todo el mundo percibía rentas de acuerdo a sus merecimientos.

#### *La Revolución keynesiana y sus limitaciones.*

Estas tonterías fueron las que atacó Keynes con éxito, durante algún tiempo. Señaló que el mercado de trabajo no era similar a los otros mercados; era una parte apreciable del sistema económico y las alteraciones que en él ocurren, siempre y cuando se generalicen, afectarán al sistema económico en su conjunto, especialmente si —como parece muy probable en una economía oligopolística, es decir, en una economía con pocos productores en cada rama y algunos de estos dominando a los demás— un movimiento en los salarios se sigue —a veces con un cierto decalaje, pero otras sin tal desfase— por un movimiento en los precios y, por tanto, en las otras rentas. Keynes, sin embargo, a diferencia de su colaboradora más

próxima la Sra. Robinson en su «Ensayo en la teoría del empleo» (Londres, 1936), evitó la discusión de esta parte del problema, ya que escribía en momentos de una profunda depresión económica y deseaba concentrarse para mostrar que el desempleo involuntario podía existir.

La furia del contraataque contra Keynes mostró que había tocado un nervio en el centro más profundo de la deshonestidad intelectual de sus adversarios. Se siguió de esfuerzos desesperados que culminaron, entre otros, en el intento de mostrar que no era un defecto inherente del mecanismo de los precios, sino la rigidez de dichos precios y, especialmente, de los salarios, lo que originaba las dificultades, y que las fuerzas monetarias, eventualmente, terminarían con la depresión. El más ridículo de esos esfuerzos fue el argumento de que el aumento del valor del dinero y de los activos monetarios en términos reales, induciría a un incremento del gasto (el llamado «efecto Pigou»).

La revolución keynesiana, con todo, fue de amplitud limitada y, después de su formulación, en lo esencial, muy conservadora en su fuero interno. Sus partidarios creyeron que los problemas económicos podrían resolverse, no por un cambio estructural drástico, sino por una reforma simple y sin dolor, añadiendo nuevos instrumentos, principalmente en el campo monetario y fiscal, a un sistema inalterado en lo esencial. El manejo del Presupuesto y las alteraciones del tipo de interés a largo plazo lo resolverán todo. Su *éxito político* se debió, en parte, a la incrementada revulsión que se sintió en los años treinta contra las dogmas neoclásicos y, mucho más, a causa de que los remedios propuestos parecían de fácil realización; no obstante, originó un paroxismo de la rabia entre la mayoría de los *economistas* convencionales que aseguraban que dada una flexibilidad de precios y salarios, el pleno empleo y el progreso se asegurarían automáticamente por el sistema individualista de la empresa privada. La Revolución keynesiana fue una revolución sólo en el sentido en que afirmó que no existía un mecanismo equilibrador que operara automáticamente, sino que dicho mecanismo debía ser organizado por una intervención inteligente por parte de los Bancos Centrales en la esfera monetaria y por los Gobiernos en la esfera presupuestaria; esto es, con medidas indirectas globales, que no implicaban controles directos o una intervención positiva del Estado, y, mucho menos, la propiedad estatal. Los keynesianos liberales (con la excepción de la Sra. Robinson, eran pocos los keynesianos que no se inclinaban hacia el liberalismo y —excluyendo la necesidad de la intervención global— no suscribieran básicamente los puntos de vista de los neoclási-

cos) no consideraron importante la amenaza de la inflación. La argumentación de los que consideraron que nos encontrábamos ante un problema nuevo y muy crítico —el problema de reconciliar el pleno empleo con la estabilidad— se supuso no probada. Año tras año de fracaso del intento keynesiano de conseguir el equilibrio en el alambre, operando con la demanda global de forma de conseguir simultáneamente el empleo total y la estabilidad (1), no alteraron aquella situación. En realidad, en lugar de conducir a una reconsideración fundamental, resultó una resurrección de la teoría cuantitativa en su formulación más primitiva.

### *El empleo total.*

La consecución del empleo total desde la Segunda Guerra ha introducido —en mi opinión— cambios fundamentales en el funcionamiento del sistema social y, por lo tanto, del económico. Muchos, si no la mayoría, de otros adelantos, si no resultaron ser una consecuencia directa, se condicionaron de todos modos por aquella decisión. El nivel de empleo británico de postguerra fue dramáticamente diferente del precedente. No sólo fue diferente de la miseria y la indignidad del período de la entreguerra, cuando la «norma» era un desempleo del 10 por 100 en Gran Bretaña y se excedía con frecuencia la proporción del 20 por 100 sino también de la vulgar era de ostentación y lujo *eduardianos* hacia los cuales se enfocan hoy, suspirando con nostalgia, la vista de doctorandos con ojos de vidrio cilíndrico, alimentados por becas estatales. Aquellos días lo fueron de producción y productividad estancada y de salarios reales decrecientes. El desempleo se elevó dos veces por encima del seis por 100 y nunca cayó por bajo del tres por 100. El contraste entre los períodos de entreguerra y de postguerra en los Estados Unidos, Alemania y Francia es más sobrecogedor aún.

El empleo total no sólo hace escasos a los trabajadores domésticos y altera, por ello, el modo de vida y las relaciones entre las clases sociales, sino que hace desaparecer, por lo general, la necesidad de servidumbre. Altera también el equilibrio de fuerzas en una economía. Esta es su consecuencia revolucionaria más aparente. Y, sin embargo, es precisamente este cambio muy fundamental en las relaciones entre clases el que tiende a minar a los Gobiernos progresistas, ya que es la causa principal de las alzas continuas de costes y precios que ofenden a la mayoría que, de hecho, se

(1) Véase, por ejemplo, el Memorándum del señor WORSWICK y el mío propio al denominado Comité Cohen; *Oxford Economic Papers*, junio de 1958.

beneficia en mayor medida de las nuevas consecuciones. Salvo que los países del Occidente comprendan y acepten estas profundas consecuencias sociales, económicas y políticas del empleo total, será difícil resolver sus problemas económicos y será igualmente vulnerable que en el pasado el futuro de sus Gobiernos embarcados en la política de pleno empleo. Una nueva fórmula de aproximación se necesita con la misma urgencia con que se resiste amargamente.

*La necesidad de un consenso.*

Durante más de una generación, el Mundo en su conjunto —comunista, anticomunista y/o no comprometido— se ha visto envuelto en una lucha en vano para hacer compatibles la estabilidad interna, evitar los aumentos acelerados de precios, conseguir el pleno empleo y asegurar la expansión material sostenida. Ha fracasado. El fracaso se debió, o bien a la lucha contra el alza de precios, ocasionando el desempleo más allá de lo que era aceptable, políticamente, o bien a la explosión de los costes originada por las medidas tendentes a mitigar el desempleo que incrementaron intolerablemente los precios. Desde 1969, más o menos, la mayor parte de los países, pero especialmente los Estados Unidos y el Reino Unido, han sufrido de ambas causas, simultáneamente.

El sistema económico dirigido del período de postguerra ha probado ser más eficaz que el capitalismo decimonónico, tanto en lo que respecta a asegurar el progreso material como en lo referente a mantener el nivel de empleo; pero, en el conjunto de este período, todos los países occidentales, capitalistas o mixtos, sufrieron de un aumento incesante de precios. En Occidente, ese hecho socava a los Gobiernos y amenaza la estabilidad social. Mantengo, en especial, que el éxito de Gran Bretaña resolviendo el problema de su competitividad internacional depende de que se acepte un sentido de responsabilidad individual y de grupo. La Ley del Mercado, esto es, la ley de los fuertes fundada en la capacidad de negociación, no puede conducir sino a una dura confrontación. Esta responsabilidad debe traducirse en un consenso general sobre las políticas de productividad, de distribución de la Renta Nacional y sobre la dirección y expansión del Sector Público y, especialmente, de los servicios sociales, mayor que el habido hasta la fecha.

La razón del fracaso ha sido el no querer analizar cambios estructurales profundos en la economía, para poder apreciar los efectos sobre su funcionamiento. Este problema básico se ha originado por la concen-

tración masiva de poder económico, mediante el cual los consumidores y los precios se manejan por algunas empresas productoras en gran escala, mientras que, simultáneamente, ha ocurrido una concentración similar de poder en el mercado de trabajo, a causa del progreso de poderosos sindicatos.

Aseguro que dicho consenso es imposible si no se crea un sentido mayor de lo que está de moda denominar "participación", que yo prefiero denominar "conciencia más relajada de una justicia social" y de responsabilidad. La "revolución" en el pensamiento económico keynesiano ha probado ser tan "caña rota" para conseguir alcanzar un dinamismo sostenido en nuestra economía, como la elegante estructura neoclásica del pensamiento que aquélla destruyó. El supuesto arrogante fundado en la *Ley del Mercado* de Say, que negaba la posibilidad del desempleo, se convirtió en la prueba profesional fundamental de los economistas antes de 1933, a pesar de la recurrencia regular de las crisis. Probó ser un señuelo que nos condujo fatuamente a la catástrofe evitable de la Gran Depresión, a la victoria de Hitler y a la Segunda Guerra Mundial. Los postulados liberales keynesianos del desarrollo consiguieron un crecimiento sostenido y acelerado. Pero las tensiones sociales que ocasionó su fracaso en asegurar un sentido de la justicia, minaron su éxito, por medio de exigencias en escalada de rentas monetarias más elevadas, que culminaron en "*Bellum omnium contra omnes*".

El cálculo económico en Occidente no puede resolver este aspecto fundamental de su cómputo a causa, esencialmente, de dos motivos. En primer lugar, un aumento del producto debe ser medido con una unidad convencional, calculada a los precios de un período-base, a fin de obtener valores comparables de la totalidad de los bienes y servicios producidos. Pero esa unidad de medida se determina, a su vez, por la distribución de la renta, y no toma en cuenta las alteraciones en dicha distribución. Por ello, no puede medir el bienestar o la felicidad de la comunidad. Una aceleración de la expansión de la Renta Nacional no originará una satisfacción indiscutida si se estimula, en lo esencial, por la creación artificial de nuevas necesidades, más que por un avance equilibrado en un frente social muy amplio. La obsolescencia impuesta por manipulaciones psicológicas crean un sentido de frustración. Una tendencia hacia mayor desigualdad y la reducción relativa del consumo colectivo y el aumento del despilfarro conspicuo, origina su propia ruina. El aumento de la fuerza productiva, que no se dirige hacia un ocio mayor ni hacia la

mejora de la educación, y el aumento de la amenidad general, sin los cuales no se puede disfrutar del ocio, podría concentrarse en la creación de nuevas necesidades materiales individuales, creando un descontento para que la satisfacción de dichas necesidades proveyera ocupación para nuevas empresas.

Se desalientan las necesidades colectivas, a causa de que exigen recursos colectivos, y se realiza una intensa propaganda contra el despilfarro originado por mejores escuelas, hospitales y bibliotecas, cuyo apoyo exige fuertes entradas tributarias. Mientras más rico y mayor éxito tenga el sistema, como lo vemos en los Estados Unidos, tanto mayor será el malestar psicológico. Esto es el reverso de la medalla del éxito material, sin que sea aceptable su contenido social. Solamente una educación orientada hacia un propósito, es decir, hacia una existencia menos competitiva, no tan materialísticamente condicionada y más llena de compasión, puede significar una verdadera realización. El diálogo entre los derechos personales negativos del individuo y las necesidades de la comunidad, podrían entonces resolverse en un mayor agrado de la vida económica, que no depender en cuanto a su dinamismo, de la incertidumbre e insatisfacción.

En segundo lugar, el crecimiento que impulsa al keynesianismo liberal tiende a autodestruirse por su incapacidad para eliminar la falta de satisfacción y la incertidumbre; de ello se sigue su inhabilidad para conciliar la estabilidad y el dinamismo. El cambio en el equilibrio del poder social, no acompañado por una alteración en las actitudes e instituciones sociales, lleva a la ruina de su propio éxito, conduciendo a la inflación.

#### *Las consecuencias.*

Los liberales keynesianos que creyeron que los problemas económicos básicos se habían resuelto, desdeñaron esta cuestión. Su victoria, por lo tanto, provocó una doble reacción, fatal para el progreso estable. De un lado están los ardorosos liberales-conservadores, que confían en la bienaventuranza del equilibrio automático a un pequeño aumento del desempleo. Son entusiastas partidarios de esta nueva forma del liberalismo. Esas esperanzas, como demostraré, no están fundadas en la experiencia. Consecuentemente, los proponentes de este punto de vista —en mi opinión— no toman suficientemente en cuenta el terrible riesgo de interrumpir totalmente la expansión y ocasionar una depresión acumulativa del tipo de

la preguerra. Las crisis monetarias repetidas y las medidas ortodoxas auto-destructoras que se han implantado para resolverlas, apuntan hacia este peligro.

No es menos perturbador encontrar el fundamento del crecimiento en la izquierda y especialmente en los Sindicatos, de un grupo poderoso que exige, de un lado, la planificación y el control de los precios, además del mantenimiento del pleno empleo, mientras aseguran áspidamente su fe en la negociación colectiva restringida, en una lucha libre, entre todos, en el mercado de Trabajo. Ni siquiera tratan de reconciliar sus demandas en pro de la planificación y del control de todas las fases de la vida nacional, con el sorprendente nuevo entusiasmo por la ley de la jungla, en lo que respecta a los salarios. Rehúsan examinar la experiencia de los pasados veinticinco años, que no sólo muestra que la acción industrial, no apoyada por la intervención del Estado, no puede aumentar la participación de los salarios, computando los años buenos y los malos (2), sino que culminará en la desventaja de los pobres, de los indefensos, de los débiles. Por lo tanto, repudian todos los esfuerzos para adaptar el sistema socio-económico existente a las nuevas condiciones.

El grave peligro es que los dirigentes políticos, ante el negativismo de la izquierda, se vean empujados a una aceptación al menos parcial de los falsos principios de la ortodoxia del *laissez-faire* ante el temor de ser desbordados en el campo medio del electorado. Es imprescindible, por lo tanto, una nueva aproximación: ésta debe basarse en una clara realización del impacto de las relaciones socio-económicas o de clase que implica el pleno empleo.

#### *Las implicaciones sociales.*

Para que el empleo total sea significativo, tanto política como sociológicamente, debe implicar una situación bajo la cual las gentes saben que si pierden un empleo, volverán a colocarse sin tardanza; es cierto que en ciertas localidades y ocupaciones podrá ser necesario un cierto grado de movimiento, tanto geográfico como de reconversión ocupacional, pero estas soluciones podrán ofrecerse sin dificultades. Que el concepto es esencialmente económico se prueba claramente por los economistas que desean utilizar la definición del pleno empleo para favorecer sus propósitos políticos, limitando el concepto a aquellas situaciones (quizás de desocupación acentuada) en la cual la estabilidad de los precios se man-

(2) En tiempos de demanda en contracción, los beneficios caen relativamente, de modo habitual, en relación con los salarios.

tiene automáticamente sin medidas "artificiales", es decir, deliberadas. Se trata de una situación en las que las gentes se sienten demandadas, necesitadas y miembros de una comunidad que avanza dinámicamente; una comunidad en la que se acumulan los recursos materiales, para los propósitos que decida, en última instancia, la propia comunidad, bien sea para el consumo privado (viviendas, distracciones, etc.), bien sea para la inversión productiva, dando una fervorosa idea de un modo de vida mejor y más agradable para el futuro.

La producción tiene, por ello, otras facetas que se han desconsiderado, aún por algunos autores eminentes, como Galbraith, que han mostrado una gran sensibilidad por las implicaciones sociales de la política económica. La dignidad y satisfacción humanas no son compatibles con el empleo insuficiente, aun cuando la seguridad social haya eliminado el temor a la inseguridad y a la penuria. El conocimiento de que un hombre desempeña un papel en la comunidad, que tiene una función positiva que desempeñar es, seguramente de tan gran importancia, que ningún sistema de seguridad social podrá ofrecer, cualquiera que sea la escala en que se preste. El individuo necesita saber que se le requiere y que a medida que se hace más maduro, recibirá un ámbito mayor y una cierta dignidad cuando llegue a la ancianidad. Una sensación de optimismo, con la convicción de que la tendencia es hacia arriba, podrá borrar muchas de las dificultades y la ausencia de satisfacción en el presente. Y, sobre todo, se necesitara para inducir una sensación de interdependencia, precondition esencial de una verdadera y gustosa responsabilidad.

El empleo total no es, en tal caso, sólo un medio para una mayor producción y expansión. Es también un fin en sí mismo, por sus implicaciones sobre las relaciones sociales: el fin del dominio del hombre sobre el hombre; la destrucción de la relación amo-siervo. Es el mejor mecanismo para la consecución por todos de la igualdad y la dignidad humana, y no solamente en lo que respecta a las rentas y al nivel del consumo, por muy importantes que éstos sean. En realidad, gran parte de la mejora en la participación de los sueldos y salarios en la Renta Nacional desde antes de la guerra proviene de esta fuente del pleno empleo. Pero ha sido más importante aún su impacto a través de un cambio fundamental en el status de los individuos no privilegiados de la comunidad: los que no son gerente o propietarios. Este cambio total en el bienestar general es el que se desdeña en el cálculo "puramente" económico, o sea en las cifras del crecimiento. En realidad, deberíamos calcular sus ben-

diciones en términos de dignidad humana, así como en el fin del temor al desempleo y a la penuria y miseria. Y si hay abusos por parte de una pequeña minoría beneficiada, se trataría de un precio que debiéramos estar dispuestos a pagar. No se trata de que haya diez culpables para que no sufra un inocente. Los órdenes de magnitud se establecen en conclusiones contrarias.

¿Puede haber alguna duda de que la reducción o desaparición del desempleo a largo plazo releva a un vasto número de hombres de actuar rastreramente, bajo la necesidad de la subordinación? La superioridad, sin esfuerzo, de la *élite* queda minada, si no destruida. Y, sin embargo, si se introduce un cambio tan fundamental en las relaciones económicas y sociales se siguen inevitablemente ciertas consecuencias. Estas son tan perturbadoras y desagradables a los seguidores tradicionales o tradicionalistas de los Partidos Laboristas o Socialdemócratas, como lo son para los protagonistas de la "libre" empresa. Desgraciadamente, lo que estos extraños aliados comparten es el desagrado ante los nuevos problemas y la desconfianza sobre su discusión. No pueden combinarse en una propuesta constructiva y positiva para su solución.

El problema que se origina es nada menos que el fundamental de la Economía: la relación entre medios y fines. Sin embargo, el problema del pleno empleo es el más incomprendido de todos. No sólo lo consideramos resuelto en el último decenio, a pesar de las luchas traumáticas del período de entreguerra, sino que una mayoría de la gente ha cerrado los ojos a sus consecuencias vitales sociales y económicas. La consecución del pleno empleo necesita, por ello, una reconsideración completa de nuestra actitud frente a la política económica y social; exige pensar de nuevo las instituciones y obligaciones sociales y las responsabilidades de los individuos y grupos. Las economías capitalista o mixtas necesitan un nuevo *contrato social*, es decir, un acuerdo deliberado sobre la política económica y social.

#### *El cambio necesario en los Sindicatos.*

La estructura de los Sindicatos, tal como evolucionó en los países occidentales, fue la respuesta de la clase trabajadora al dominio de los patronos, dominio debido en buena parte al inmenso aumento de la oferta de trabajo que durante el siglo XIX y, en parte, a la concentración del poder económico en manos cada vez menos numerosas, del lado de los patronos. Consiguientemente, los Sindicatos se desarrollaron sectoralmente

en las ocupaciones calificadas, en las que un número pequeño de gente podían, mediante la cooperación, ejercer un poder negociador apreciable. El progreso de los Sindicatos para los menos calificados y aún más, de los Sindicatos de masas en las industrias especializadas, ocurrió mucho más tarde. Los Sindicatos eran muy numerosos. Las fusiones en Gran Bretaña ocurrieron principalmente entre los correspondientes a los peones y trabajadores menos calificados, de modo que se originaron así el Sindicato del Transporte y el de Trabajadores Municipales, así como la Unión de Mecánicos. En Alemania y en los Estados Unidos su expansión legal fue postpuesta por leyes o por los Tribunales. De ahí que ocurriera una evolución más homogénea hacia el sindicalismo y la centralización, excepto en Norteamérica, en los campos de especialistas calificados, como la industria de la construcción, donde la organización es similar a la británica.

Mientras que el número de Sindicatos se ha reducido considerablemente, existen aún en gran número en Gran Bretaña, y coexisten en cada fábrica varios de ellos. Para propósitos de negociación se han establecido órganos especiales de cooperación —como Confederaciones— en algunas industrias. De todos modos, los intereses y las tácticas de negociación de los Sindicatos los ha llevado a chocar entre sí. Ello se deduce de las numerosas disputas y huelgas sobre zonas de demarcación. Una de las razones principales de la presión no coordinada al alza de los salarios, que ha incrementado los costes es, sin duda, la falta continua de cohesión entre los Sindicatos. En este aspecto Gran Bretaña difiere penosamente de muchos países. El Congreso de los *Trade Unions*, a diferencia de organizaciones paralelas en el Continente europeo, es una confederación muy suelta, cuya autoridad se limita severamente por la autonomía básica de los propios Sindicatos. Mientras que todos los países sufrieron de la inflación de costes, Gran Bretaña sufrió mucho más. Por ello, la debilidad de la situación competitiva internacional de Gran Bretaña puede comprenderse por causas sociológico-históricas, que están fuera de la comprensión de la Economía ortodoxa neoclásica.

La debilidad relativa de Gran Bretaña se exaspera por el hecho de que la dirección de los Sindicatos se ha debilitado, a su vez, a causa del aumento de la militancia y del poder de los delegados sindicales y jurados de empresa en ciertas industrias. Así, mientras que la política económica y la dirección eficaz de la calidad de vida y la supresión de los “núcleos” de pobreza necesitarían mayor coordinación y concentración, las tenden-

cias en las organizaciones sindicales, si las ha habido, han apuntado, en definitiva, en la dirección opuesta. La "nueva" propuesta convencional en Gran Bretaña (3), favorece la negociación en fábrica, amenazando con una descentralización más acusada. En las presentes condiciones, sin una coordinación general, todo desarrollo adicional en esa dirección forzaría el poderío de los factores básicos que empujan hacia saltos de rana inflacionarios, agravando así el desajuste fundamental en la Gran Bretaña. En lugar de ser los defensores de los oprimidos, los Sindicatos se han convertido en unos intereses creados representando una poderosa influencia —en ocasiones dominante— en los instrumentos de decisión del Estado. Ello tiene resultados muy dañosos, ya que un número creciente de personas y, especialmente los débiles y los pobres, el ama de casa y el jubilado, sufren el impacto de sus demandas.

Fue esta fuerza poderosamente concentrada, pero, en general, no concertada, la que se liberó del temor a la pobreza y al desempleo por el desarrollo en la postguerra del Estado del bienestar y por el progreso vertical de la actividad económica. Tampoco puede afirmarse que la eficaz película de la dirección económica de la postguerra dejara de tener conexión con la insistencia crecientemente efectiva de la clase trabajadora organizada. Aun en ausencia de la Revolución keynesiana habrían ofrecido la expansión de la demanda global necesaria para el mantenimiento del empleo total. El hecho de que los puntos de vista keynesianos sobre el manejo de la demanda global fueran aceptados, constituyó el sello del éxito de su actividad y, simultáneamente, la razón de su fracaso último para la consecución del equilibrio.

### *La nueva inestabilidad*

El obstáculo oculto ignorado por la nueva sabiduría convencional fue, sin embargo, que apenas presentadas las proposiciones neokeynesianas sobre la posibilidad de dirigir la economía científicamente, resultaron bruscamente controvertidas por los hechos. Mientras se ignore este hecho indiscutible será muy incierta la salida de la inestabilidad general consiguiente, que no se limita a Inglaterra. En una sociedad opulenta, los controles globales presentados por los keynesianos —predominantemente fiscales, pero también monetarios— parecen operar muy imperfectamente. Las variaciones violentas en el ahorro, a través del crédito al consumo, de-

(3) Carazterizada, por ejemplo, por el Informe Donovan sobre los Sindicatos.

mandado o liquidado, la utilización de enormes reservas monetarias ociosas, las acumulaciones inmensas de bienes duraderos de consumo, pueden contrapesar —y más que contrapesar— las alteraciones en el Presupuesto, en los tributos o en la política monetaria. La política expansiva, los déficit presupuestarios y la inyección de capacidad de compra en la economía, pueden ser neutralizados por mayores ahorros y por pagos aumentados de deudas, debidos a aprensiones, por mal informadas que éstas sean. Quizás resulten, por último, ciertas.

De otro lado, el aumento de las cargas originadas por el pago de intereses, siempre y cuando resulten generales, podrían —al igual que otros costes— compensar el pago de mayores impuestos o ser repercutidos sobre los consumidores. No hay un tipo de interés ordenado por Dios para la utilización del dinero. Pues el dinero sólo puede actuar a través del *gasto*, y el dinero y el gasto establecen su conexión a través del tipo de interés (si bien un mercado de dinero plétórico de fondos podría estimular una mayor especulación o desembolso para la producción o el consumo). Los antiguos puntos de vista suponían que una vez que cayera la demanda, las empresas de menor éxito sufrirían pérdidas y que algunas quebrarían. Ello desalentaría las inversiones, especialmente en existencias de mercaderías, imponiendo una nueva caída de la demanda. Con un desempleo creciente, también caería el consumo. Si la experiencia hubiera mostrado en ocasiones anteriores que el proceso no podría detenerse por medidas conscientes de política económica, o que éstas no serían eficaces, las expectativas agudizarían el impacto. Se impondría así una expansión o depresión acumulativas. Las depresiones y los auges de los 150 años anteriores a la Segunda Guerra señalaron, exactamente, esta clase de inestabilidad básica.

Como hemos visto, desde la Segunda Guerra esta secuencia no ha constituido el problema económico principal. El nuevo problema, sin embargo (el problema de rentas y demandas globales siempre crecientes, bajo las nuevas condiciones político-económicas), es difícil de corregir, si no imposible, con los métodos propuestos por los keynesianos. La demanda no se ha llegado a reducir jamás. Pero todos los países verdaderamente industrializados han experimentado un aumento incesante de los precios; ese fenómeno ha continuado aún en momentos de un desempleo relativamente aumentado.

Este violento contraste de la Segunda Postguerra Mundial, especialmente con el período de Interguerra y aun con el período anterior a la Primera Guerra, se ha atribuido a la sabiduría adquirida a un coste tan elevado

en los años 30, y a la mayor sofisticación del análisis y política económicos. Dudo, personalmente, que haya sido la mejora de la sabiduría humana lo que explica el cambio de clima. El comportamiento de los “expertos” políticos en los dos primeros años de la presidencia de Nixon (o del Gobierno de De Gaulle) muestra lo superficial que ha sido el cambio. Tampoco creo que la lucha contra la “inflación” pueda resolverse como un problema de exceso de demanda.

Las realizaciones de la postguerra pueden explicarse —especialmente en los Estados Unidos— por el aumento del presupuesto y del gasto público, tanto en términos absolutos como en cuanto a su proporción sobre la Renta Nacional. Esto, a su vez, se debió en gran parte al aumento de los gastos de defensa y de guerra, que no pudo ser resistido ni aun por los trogloditas de la derecha. Además, los electores —aun aquellos excluidos en muchos países del voto efectivo— se acostumbraron y exigieron el mantenimiento del pleno empleo y un aumento continuado de la Renta. *Fue más bien la presión política que un triunfo del intelecto lo que aseguró el medio ambiente favorable para el pleno empleo y la expansión.* El hecho de que hayamos caído en la trampa de la inflación continua que no se ha resuelto por las medidas de política adoptadas, muestra el alcance del fracaso intelectual.

Con mucho, sin embargo, el instrumento más importante de cambio social operando en la misma dirección, ha sido la alteración en la estructura de la industria, que ha contrastado agudamente con el molde del Sindicalismo, que respondía mucho más lentamente en su evolución ante los acontecimientos. Esta evolución que arroja tales contrastes, es la explicación más importante de los aumentos de salarios a una tasa mucho mayor que la productividad. Y es ese hecho el que ha sido negado con tanto furor, a causa de que ofende a ambos lados: a las teorías más queridas de los economistas, los políticos o los jefes sindicales; y, al mismo tiempo, a la racionalización del sistema de “libre” empresa desde el punto de vista de los empresarios industriales.

### *Las causas del malestar*

Esta evolución podía preverse ya durante la guerra. Escribí en 1943: “¿Es compatible el sindicalismo, montado sobre el sistema de negociación sectorial de los salarios, con el pleno empleo? La respuesta es negativa. Si no hay un instrumento de planificación central suficientemente fuerte como para imponer las decisiones, los patronos carecerán de estí-

mulos para expansionar el empleo hasta que aparezcan escaseces de trabajo, tal como ocurre en el empleo total. Sus poderes disciplinarios se escaparán de sus manos y la amenaza del despido no ocasionará terror alguno”.

“Los sindicatos, de otro lado, empujarían su ventaja mientras que todo marchara viento en popa y los precios subieran. El proceso de inflación acumulativa sería inevitable. Basta considerar el sistema económico de guerra de cualesquiera de los beligerantes, con independencia de su estructura económica, de sus fundamentos sociales y de sus previsiones políticas. Todos ellos se han visto forzados, por el amenazante caos monetario, a adoptar controles rígidos sobre la disposición de fuerza de trabajo y sobre los salarios, al igual que sobre la producción, las inversiones y los precios. Esos controles dejaron en libertad a los poderes productivos de las naciones, anteriormente sujetas por la influencia restrictiva impuesta por los intereses monopolísticos, que se beneficiaban a costa de la comunidad.”

“El sindicalismo, sin embargo, es una asociación incapaz de asegurar una armonía entre las diferentes ramas del sistema económico. Sería tonto no reconocer ese hecho, por necesario que se considere el desarrollo de dichos Sindicatos en el contexto histórico. Dichas organizaciones crecieron como instituciones de defensa de empleados vulnerables frente a poderosos patronos. Sus instrumentos defensivos en la lucha competitiva son similares a los de los patronos consistentes en la restricción de la oferta de trabajo, determinada por la intensidad del trabajo y la libre entrada en la industria. Establecen así una situación para la negociación, en la cual tratan de exprimir al máximo a los patronos. Incidentalmente, estimulan las fusiones de los patronos, que éstos deben realizar para multar al público. La historia no se acaba aquí, como raramente ocurre con las asociaciones monopolísticas. A su debido tiempo, los Sindicatos se convierten en vastas organizaciones que poseen una burocracia propia. Cualquier debilitamiento del carácter sectorial de la organización de la clase trabajadora tendría, por lo tanto, efectos adversos sobre los burócratas, cualquiera que fuese el beneficio para los simples afiliados. De hecho, la prosperidad continuada de los Sindicatos depende de que los obreros estén suficientemente disgustados por tener que pagar (o verse obligados a tener que pagar) sus cuotas sociales para favorecer un futuro incierto, y en parte en su habilidad para otorgar esos favores (en lo que se ven ayudados por las relaciones relativamente buenas con los patronos y por el poder de las organizaciones patronales para imponer exacciones a la comunidad

mediante el instrumento del alza de precios). El silencio embarazoso del partido laborista cuando se discute el aumento del precio del carbón o de otros productos igualmente vitales, en los que existe ese doble control monopolístico, es una consecuencia directa del sistema.”

“Algunos de los Sindicatos son los mayores *restriccionistas* de los Estados Unidos; son los mayores oponentes a la reducción de las barreras arancelarias y, por lo tanto, partidarios potenciales del aislacionismo característico de los republicanos. La estabilidad económica y el progreso bajo el pleno empleo sólo pueden ser realizados si, o bien se impone obligatoriamente a los trabajadores un plan de mano de obra concebido centralmente (como ocurrió en la Alemania nazi, aun antes de la guerra, y ocurre crecientemente en Inglaterra, desde mayo de 1940), o se establece una colaboración responsable entre los trabajadores en su conjunto, representados por un *Trade Union Congress* (T. U. C.) fortalecido; y un Gobierno controlado democráticamente. Tal colaboración responsable sólo podría fundarse en la confianza, lo que presupone una convicción de que la política decidida colectivamente estaría solamente determinada por la finalidad de asegurar un nivel de vida creciente y de promover una distribución más justa, aun cuando no fuera necesariamente igualitaria. El mecanismo del T. U. C., tal como existe hasta ahora, debe ser reformado si se ha de alcanzar el pleno empleo. Si se debe realizar ese propósito, las reformas se impondrán o se originarán en el propio movimiento obrero, coincidiendo y dependiendo de una reorganización general del sistema económico. De este modo, la actitud positiva de los Sindicatos es necesaria y está condicionada al hecho de haber sido introducidos como asociados plenos en el mecanismo administrativo del Estado que se ocupa de la planificación económica” (“Trade Unions and the Future”, *Left News*, 1943).

Al analizar la situación, tal como surgió de la primera resurrección de postguerra, de las ilusiones monetarias mecanicistas después de 1951, me vi obligado a retirar aquel juicio (6). Los fracasos sobrecogedores de la política monetaria en el período 1921-38 habían sido olvidados. Esa política monetaria, desde el desarrollo de la Banca e industria modernas, había operado, invariablemente, mediante el *shock* psicológico. Fracaso en su intento de ofrecer una influencia elástica y sutil, a través del mecanismo de los precios, que asegurara reajustes suaves y eliminara las ex-

(6) T. BALOGH: “Productivity and Inflation”, *Oxford Economic Papers*, junio de 1958.

pansiones y las crisis. Estas, o bien estimulaban excesivamente a la economía, o causaban pánicos. Cuando los "monetaristas" consiguieron influir en la programación de la política económica, tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido, estuvieron a punto de provocar una crisis del tipo de la preguerra. Consiguieron un éxito, sin embargo, en reducir considerablemente la tasa de expansión de la producción real y en promover el desempleo. Lo que evidentemente no pudieron hacer fue frenar la inflación.

"Su fracaso ocurrió a causa de fluctuaciones en la velocidad del dinero que compensaron —mejor dicho, que más que compensaron— las alteraciones en el volumen de dinero. A pesar de ello, el canciller del Tesoro y el gobernador del Banco de Inglaterra apoyaron con su autoridad a los "monetaristas". Este desconocimiento de la complejidad del problema fue apoyado —quizás no sorprendentemente— por *The Economist*. Cuando se presentó una prueba estadística sobre la cuestión por el *Midland Bank Review* (noviembre de 1957) que no era posible desconocer, se adoptó una nueva versión de la teoría, en la cual el nivel de los precios estaba determinado por el juego de la oferta de dinero, el "fondo" determinado por el dinero existente y "la confianza, en su sentido más amplio". Por supuesto, la "confianza en su sentido más amplio" carece de sentido analítico; puede afectar a cualquier cosa con tal fuerza que suprima o más que suprima el efecto de los factores primarios, careciendo de cualquier clase de relación sistemática con ellos."

Anticipé la reciente resurrección de la teoría del exceso de demanda fundada en la teoría cuantitativa del dinero. "Debería tenerse en cuenta que no hay necesidad de probar la existencia de un exceso de demanda para mostrar que las reclamaciones de los Sindicatos condujeron a las alzas de precios. Bastaría para ello que los empresarios creyeran —como seguramente harían— que las demandas individuales de salarios son parte de una oleada general, que resultaría justificativa de sí misma. Este punto ha recibido atención suficiente en conexión con el problema de iniciar el desarrollo en un país pobre, problema que ha ocupado el punto central del interés, recientemente."

"Individualmente, ningún empresario estaría dispuesto a conceder aumentos de salarios, ya que no estaría seguro de hacer incidir sus costes crecientes sobre los precios. Pero si todos (o la mayor parte) de los empresarios se encuentran ante exigencias casi idénticas de mayores salarios y reaccionan ante ellas de modo casi idéntico, la experiencia las permitirá deducir que no hay peligro en aceptarlas: será el aumento de las rentas

debido a la negociación sobre salarios (incluyendo; por supuesto, el mayor beneficio) el que proveerá la demanda adicional requerida para vender la producción al precio acrecentado. No es necesario, entonces, postular un exceso de demanda encubierto, durmiente o no gastado anteriormente, que se hace pronto "activo". La falacia de los que tratan de ver lo invisible es, que aplican el método del "ceteris paribus" a una situación en la cual el cambio se autojustifica, ya que es una magnitud finita y no infinitesimal. Siempre y cuando el proceso sea generalizado —como lo es— y reiterativo, como no puede dejar de serlo; siempre y cuando la negociación aislada por nuevos salarios exceda de lo obtenido en promedio en otras negociaciones, no habrá que detenga o limite la aceleración de su velocidad a medida que las anticipaciones de aumentos de salarios y de precios insuflen las especulaciones.

La experiencia ha mostrado en todo el mundo que en el nuevo sistema industrial, que descansa en la producción en masa para su viabilidad, la necesidad de una eficiencia productiva limitará el número de empresas en la mayoría de las industrias. Ocurre así una concentración de poder que permite a las industrias controlar sus precios de venta. Los movimientos de los precios pueden así gozar de una estrecha correlación con las variaciones de los costes salariales. Consiguientemente (y si se toman los años "buenos" y los "malos"), los Sindicatos no pueden tener éxito a medio plazo en aumentar la participación de los salarios en la Renta Nacional.

Al mismo tiempo, los Sindicatos saben que la resistencia de los empresarios a los incrementos de salarios se debilita por el conocimiento que tienen de que pueden repercutirlos sobre los consumidores bajo la forma de aumentos de precios. No hay, por ello, límites al proceso de la espiral inflacionista.

Mientras que la estructura sindical de un país dado resultara en otros tiempos en una tasa de aumento de los salarios más alta en relación con la productividad que la sufrida por otros países, ello significaba una secuencia bien conocida de un debilitamiento periódico y creciente de la balanza de pagos, que culmina con una devaluación o flotación. Esta amenaza peculiar no existe en los países que tienen un ritmo de inflación menor que el de sus competidores. En estos países la balanza de pagos puede sentirse fuerte, no obstante el alza de precios. Entre paréntesis debería añadirse que esa tendencia hacia la inflación en el mundo desarrollado ha sido una de las causas principales del empeoramiento de las situaciones externas de las áreas pobres del mundo. El impacto de esta

inflación en la distribución internacional de la Renta ha sido profunda y deplorable: ha significado que las inmensas ganancias en la productividad se han asegurado en favor de los países ricos del mundo, mientras que los países pobres ni siquiera han podido retener los beneficios obtenidos en su agricultura.

Los países cuyas balanzas de pagos resultaron activas, echaron la culpa de la inflación a los extranjeros: sus exportaciones crecieron rápidamente y sus importaciones lo hicieron con más lentitud, aumentando ambas el nivel de los precios. Esta es la razón de que los alemanes, no obstante sus prejuicios terribles contra las intervenciones respecto a su signo monetario, decidieron revalular al final el marco; volveré sobre esta cuestión en seguida.

Dicha inestabilidad podía ser agravada y acelerada a largo plazo. Una vez que los Sindicatos —en sus demandas de salarios— y las empresas —en sus decisiones de inversión y de otro género— anticipan nuevos aumentos de los precios, adoptarán una acción defensiva incrementando sus demandas de nuevos salarios y de nuevos precios, respectivamente. Todo ello agravaría y aceleraría el proceso. Parece existir alguna evidencia de que esto ha ocurrido en la Gran Bretaña desde 1970 .

*El análisis de las remuneraciones de los médicos y dentistas* (12 Informe, Cmnd. 4.352) ha introducido este método reprehensible en la determinación oficial de las rentas. Si prospera ese método, el arrastrarse de la inflación podría convertirse en un paseo, un trote y, eventualmente, un galope. Al fin podría originar una desocupación y minar el valor exterior del dinero.

### *Las consecuencias sociales*

En segundo lugar, la negociación "libre" aumentó la desigualdad; resultó en un empeoramiento de la posición de los peor pagados y menos agresivamente organizados de las clases sociales. Ello es obvio, no sólo entre las distintas clases de trabajadores, sino también entre sectores crecientes de las personas con más altos salarios y de las clases medias, pilotos BALPA y médicos, y los de los trabajadores no calificados peor remunerados. La acción sindical fue eficaz en ciertos casos, aumentando la participación de algunos grupos privilegiados o estrechamente organizados, tales como algunos contables, los estibadores de los puertos, etcétera. Los peor remunerados, los indefensos y los situados en situación

desventajosa, no han sido protegidos, no obstante las declaraciones de los Sindicatos.

*La ganancia social total directa proveniente de la "acción industrial" no ha sido meramente despreciable: es posible que haya sido negativa.* Los Sindicatos no han sido capaces, ni en Inglaterra ni en ningún otro país, de aumentar la participación de los salarios en la Renta Nacional. El incremento en los salarios nominales se ha visto frustrado por los precios altos. Estos arrebataron al asalariado (o más bien a su esposa) la ganancia esperada; el resultado fue la frustración y la irritación. Las pérdidas indirectas debidas al empeoramiento de la balanza de pagos y a la disminución forzosa del ritmo de expansión fueron, por el contrario, inmensas.

Un combate de todos contra todos en el mercado de trabajo es incompatible con la consecución del empleo total y también la consecución de un ritmo satisfactorio en la expansión de los recursos materiales necesarios para un modo de vida más completo, superior, más civilizado y humano. En mi opinión, son estos efectos internos, poco considerados, por lo general, de la espiral de precios y salarios, los que presentan tan gran importancia y peligro. En los antiguos libros de texto se trataban estos problemas como si sólo afectaran a la equidad y a la distribución de la Renta Nacional, señalándose que los jubilados, las viudas y los huérfanos serían gravemente amenazados. La amenaza es hoy mucho más amplia: Se trata de los ahorros, establecidos en términos de derechos fijos en dinero, los que están en entredicho, y la irritación creciente sobre el coste de la vida en aumento, lo que implica un grave peligro político. Si la destrucción del sistema monetario no hubiera parecido una amenaza recurrente en 1931 en Alemania, no se habría seguido nunca aquella política deflacionista y nos habríamos ahorrado a Hitler y a la Guerra. Los dictadores potenciales se apoyan en la desesperación de las clases medias bajas, no tan prósperas. Desde este punto de vista, el señor Powell es un portento ominoso.

El problema de conseguir un equilibrio monetario ha desconcertado, inclusive, a un escritor con la sagacidad del Profesor Galbraith. En sus libros primeros y, especialmente, en *El Capitalismo americano*, esperó conseguir un equilibrio perfecto por el contrapeso ejercido por los Sindicatos contra los poderes de las grandes empresas. Resulta obvio que ese resultado no llegaría a alcanzarse, porque, o bien el empleo era total o próximo a esa situación, en cuyo caso ni los patronos ni los obreros tendrían

motivos para impedir el alza de los salarios; o el empleo no era total, en cuyo caso se retardaba el progreso y se despilfarraba una inmensa producción potencial. En la obra *La Sociedad Opulenta* arrojó el guante con desesperación, y consideró un nivel mayor de desocupación como el único remedio. Ello originó la ira y el desprecio de nuestros "optimistas", a pesar del hecho de que defendió la tesis de una buena remuneración para las víctimas de tal política. De hecho, era una política similar a la perseguida por la Gran Bretaña, a partir de 1965, de altos tipos de subsidio, para los redundantes y una compensación por desempleo calculada sobre los salarios. De hecho, esta política resultó inútil para detener la catarata. En los últimos tiempos, el Profesor Galbraith se ha convertido en uno de los más valientes mantenedores de una política de precios y rentas.

#### *La causa esencial de las crisis.*

¿ Por qué se han hecho tan pocos progresos tras 25 años de lucha, en vano, que han mostrado la insuficiencia de los métodos convencionales de tratar el problema? La causa fue que nadie quería aceptar un cambio tan fundamental. No se aceptó por los economistas, ya que, en lo que les concernía, implicaba que la totalidad de la Economía "positiva" —el método científico, matemático o econométrico— se hundiría.

Tendría que aceptarse un análisis de caso por caso, así como el supuesto de la individualización de la experiencia histórica. El economista tendría que pedir apoyo al profesional de la ciencia política, al historiador y —¡horrible!— al sociólogo. Tanto los sindicalistas como los políticos compartían esta revulsión. Los primeros vieron su influencia amenazada; los últimos sospecharon la existencia de una amenaza a su mejor excusa por no dirigir la economía de un modo satisfactorio.

Solo últimamente se ha aceptado la bancarrota del método ortodoxo de dirigir la economía mediante la política monetaria y fiscal, primero por los banqueros y, más tarde, por los Gobiernos.

En mi análisis presentado en 1957 resumí la cuestión del siguiente modo: "Está claro que no se puede encontrar una solución en este país con una presión unilateral sobre los Sindicatos como ha ocurrido en Alemania en los años comprendidos entre 1950 y 1955. Los pilares gemelos en los que descansó el aumento notable de las inversiones fueron la inmigración masiva y la debilidad financiera de los Sindicatos, que permitieron subsiguientemente un alza acelerada de los salarios reales, sin amenazar las bases de la expansión, aumentando la participación de los sa-

larios en la Renta Nacional. Ninguno de esos factores puede ayudar en la Gran Bretaña a la consecución de la estabilidad sin estancamiento. La conclusión inevitable es que el crecimiento y la estabilidad sólo son compatibles en un sistema "libre" si la productividad crece suficientemente para hacer frente a las demandas de los Sindicatos sin necesidad de elevar los precios. Al mismo tiempo, un aumento en la productividad debería disminuir la exigencia de unos salarios nominales más altos a medida que se acelera el alza de los salarios reales y se mitiga, por ello, la falta de satisfacción de los asalariados respecto a sus ingresos. La política monetaria no puede ayudar en la consecución de esos fines: en las circunstancias que dominan en Gran Bretaña y, probablemente, en los Estados Unidos, sólo conseguiría la estabilidad a coste de terminar con el crecimiento."

Está claro que sólo un ataque con dos direcciones, sobre el problema, es el único que puede tener éxito. La inversión debe incrementarse para acelerar el aumento de la productividad (y, por lo tanto, la posibilidad de satisfacer las exigencias de mayores salarios), mientras que parece necesario mitigar las demandas de alzas de salarios, inicialmente, para permitir un aumento de las inversiones y, subsiguientemente en menor grado, para mantenerlas dentro de los límites de la productividad conseguida.

Añadí: "Ninguno de esos propósitos puede conseguirse sin la colaboración sincera de los Sindicatos. Pero no puede esperarse esa colaboración de no establecerse límites para los beneficios. Tampoco sería equitativo si la limitación de los beneficios se convirtiera en una simple limitación de los dividendos, puesto que los beneficios no distribuidos, acumulados, representan un derecho acrecentado frente a futuros ingresos y, mediante su capitalización bajo la forma de cotizaciones más altas para las acciones, permiten un consumo futuro de capital, sin disminuir el patrimonio."

Tenemos aquí, por tanto, una explicación suficiente del bloqueo emocional de comprensión que sufrió el Gobierno laborista que, de otro modo, sería difícil de explicar. Una solución global e impersonal habría sido agradable para todos los interesados. No necesitaría una responsabilidad individual y de grupo hacia la comunidad, que es tan difícil de obtener. No implicaría la integración consciente de minorías víctimas del sacrificio, cuyas protestas exacerbadas y la reacción que provocan ha originado conflictos tan desagradables en, prácticamente, la totalidad de los países.

Los Sindicatos, tanto sus dirigentes como sus miembros, deben comprender que su alterado "status" y poder y que las inmensas mejoras que se han coseguido exigen aceptar ciertos deberes y responsabilidades frente a la comunidad. Los Sindicatos no son ya los débiles representantes de los pobres no privilegiados. Son uno de los más poderosos intereses creados en el Estado, aun cuando se coloque en general, a favor de los menos opulentos (4). La negociación colectiva no representa ya un esfuerzo desesperado para conseguir una adecuada participación en el Producto Nacional, impidiendo a las grandes Sociedades Anónimas que aumenten su margen de beneficios mediante la utilización de su poder de mercado, obteniendo así la parte del león. Fue la espiral de costes y precios lo que concedió a minorías pequeñas privilegiadas —la mayor parte de clase media, tales como médicos, pilotos, pequeños gerentes, técnicos, pero también funcionarios y jueces y, asimismo, los Sindicatos poderosos— una oportunidad de arrebatar ventajas de sus colegas trabajadores, no tan privilegiados. Indudablemente, parte de estos beneficios ilícitos se absorben por la tributación. Pero eso no es la historia total, ya que los arreglos de las pensiones siguen obviamente a los salarios y se hacen crecientemente importantes en este contexto. La distribución de la renta antes de pagar el impuesto, se empeoró, en detrimento de los peor pagados, y los esfuerzos para restablecer la situación, hasta la fecha, han tenido solamente por resultado hacer más aguda la situación y más peligrosa la acumulación. Es la "libre" negociación colectiva del marco moderno la que crea estas desigualdades y los grupos de trabajadores mal pagados, y no viceversa.

*Posibilidades de una política de precios y rentas.*

La incompatibilidad entre el empleo total y la dignidad humana y mayor igualdad que implica, así como la estabilidad sin un arreglo consciente sobre las rentas, se ha demostrado durante 25 años por todo el mundo. El problema es ahora cómo superar los tremendos obstáculos que se manifestaron durante la totalidad de la Administración de Mr. Wilson

(4) Uno de los aspectos más inaceptables de los acontecimientos últimos en este campo es que los grupos de mayores ingresos, incluyendo a los jueces, médicos, pilotos y maestros se han "integrado" en grupos de presión profesionales. Como su número es relativamente pequeño y sus servicios son esenciales, su organización ha promovido la desigualdad y la creación de una atmósfera de chantaje eficaz obviamente contagioso. El *Times* "Business News", asegura que las remuneraciones de los presidentes de dichas empresas crecieron el 91 por 100 entre 1968 y 1969 y las de los directores no ejecutivos el 22 por 100.

y que contribuyeron (si no determinaron) su derrota. El éxito de cualquier intento significa la creación de un ambiente en el cual secciones considerables de la población no se considerarán engañadas. También implica condiciones más específicas bajo las cuales las negociaciones salariales pueden ser conducidas racionalmente. También debe ser capaz de persuadir y convencer a las personas afectadas que su cooperación no sólo beneficiará al país, sino también a ellos mismos.

Discutamos la primera parte final. De las dos precondiciones esencialmente estrechas, la primera es encontrar un sistema equitativo para determinar las divergencias aceptables entre los salarios y otras rentas, o más bien, las diferencias entre ingresos (incluyendo los ingresos más altos) (5). La resistencia contra los cambios en estos sectores, tanto en unos como en otros, se ha fundado en el odio proveniente de la consideración de ser engañado en cuanto a la remuneración debida: de ser maltratado. El ímpetu inicial a los saltos de rana ha provenido en gran parte de esas consideraciones. La segunda parte es que debe descubrirse una maquinaria que se considere equitativa y efectiva, para implementar aquella política.

El éxito en un amplio cañamazo parecería depender de la posibilidad de acelerar la tasa de expansión del producto interno, asegurando su distribución más equitativa. En este punto considero que el optimismo keynesiano convencional se ha roto; si hemos de alcanzar una economía mixta capaz de ser operativa, serán esenciales las medidas que apunten hacia un cambio básico en las relaciones del poder social. Si se hace exclusión de los principios morales imperativos, los motivos económicos, por sí mismo, exigen que se haga justicia. Una reconsideración del problema debiera haberse planteado hace tiempo, para evitar perturbaciones periódicas de la situación interna y del problema monetario internacional.

Una política efectiva de rentas exige una intervención estatal mucho mayor de la que se ha aceptado hasta la fecha. Esta conclusión se funda en que si el Gobierno ha de obtener la cooperación voluntaria de los Sindicatos, ha de asegurarles, no sólo que el abandono de la equidad y los sacrificios han de ser temporales, y de que no serán en vano, sino

(5) El escepticismo del secretario permanente del Ministerio de Empleo y Productividad (*The Times* de 21 de mayo de 1970), sobre la posibilidad de una política de rentas es comprensible, aun cuando sea desafortunado. Muestra que un Ministerio fundado en la promoción de un "interés creado", vital, no puede juzgar sobre las políticas que afectan a dicho interés; tratará, por el contrario, de crear confianza en torno a dicho interés. Las implicaciones de esta conclusión en la maquinaria de Gobierno son tan obvias como importantes.

también que las limitaciones de aumentos de los salarios —de las cuales depende la restauración de la prosperidad ininterrumpida— resultarán, en el debido y no muy distante futuro, en resultados positivos en el aceleramiento de los niveles de vida. Estas seguridades no pueden concederse con esperanzas fundadas sin arreglos amplios institucionales para poner en marcha ciertos planes coherentes y autoconsistentes. Esta conclusión va mucho más lejos de las propuestas de los liberales keynesianos y de las presentadas por el Profesor Galbraith, por no hablar de los conservadores, por mucho que hayan alterado su bitácora. Afirmar que los Sindicatos debieran aceptar cualquier tasa de aumento de la productividad, por malos que fueran los empresarios, por atrasados que resultaran, por poco que desearan incrementar sus obligaciones estudiando e introduciendo nuevos métodos de producción, sería pedir un absurdo. Sería igualmente absurdo que los Sindicatos aceptaran la opresión de los trabajadores mal pagados y variaciones en la tributación que afectarían más a los trabajadores que a los círculos opulentos de la sociedad, bajo el supuesto —bien pensado—, de que se necesita esa solución para restablecer los incentivos y recompensar a la eficiencia.

Más que la manipulación estrictamente económica se hace necesario un cambio de actitud en las economías individualista o mixtas para conseguir un avance *sostenido* hacia una vida mejor. No hay pruebas de que se hayan alcanzado los límites de la tributación o de que existan, siquiera, esos límites. Hay pruebas, en cambio, de que el consumo conspicuo o la desigualdad de rentas son rampantes, siendo esta desigualdad económica y gasto conspicuo las que hacen tan vulnerables a la economía frente a las exigencias de aumentos de salarios; exigencias que necesitan de una acción fuerte para mantenerlas dentro de ciertos límites.

El problema es: ¿Cómo podría ser distribuida más equitativamente la Renta Nacional? ¿Cómo podría modernizarse la estructura de los salarios? ¿Cómo podría mantenerse el equilibrio monetario y nuestra posición competidora, sin crear desempleo ni desocupación efectiva de nuestra capacidad productiva? La conclusión vital de este análisis es que no puede ser alterada la política industrial. En gran parte, el destino de las economías occidentales depende de la calidad de la dirección de los Sindicatos y de la ilustración de los Gobiernos. La crisis del capitalismo moderno no se ha originado por la crisis y el desempleo, sino por la concentración del poder económico y el empleo pleno.

